

CANTO V
HISTORIA DE COLÓN

RESUMEN: Historia de las islas Canarias.—Historia de Colón.—Su patria.—Combate naval.—Llega á Lisboa.—Su casamiento y vida.—Su proyecto desechado por el rey de Portugal.—Idem por Génova y Venecia.—Llegada á Palos.—Marchena.—Garcí-Fernández.—Llegada á Córdoba.—Talavera.—Alonso Quintanilla.—El cardenal Mendoza.—Examen en Salamanca.—Tomás de Baza. Loja y Málaga.—Sus amores en Córdoba con D.^a Beatriz Enriquez.—Retorno á Palos.—Vuelta á la corte.—Santángel y Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya.—Isabel la Católica.—Fernando V.—Pactos con el rey.—Parte á Francia.—Vuelta á la corte.—Arranque de la reina.—Se firma el pacto.—Los Pinzones.—Salón de Palos.—Primera avería.—Se dirige á las Canarias á reparar su avería.—Salida de la Gomera.—Conclusión del canto.

I

Heredó las Canarias un Herrera,
obscuro ciudadano de Sevilla;
islas todas que, excepto la Gomera,
enajenó á los reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
guardase para sí, no es maravilla,
sin duda el tal para tener por donde
ser, como fué, de la Gomera conde.

2

Se halla Colón sus penas refiriendo
en la casa del Conde ciudadano,
mientras un don Elías le está oyendo,
deudo del tal Herrera sevillano.
Colón, con don Elías departiendo,
frente el uno del otro y mano á mano,
cuenta su historia con la tierna gracia,
con que al mérito adorna la desgracia.

3

—«Para mí el infortunio es una peste,
peste, señor, de que nací infestado;
la amiga antorcha del fulgor celeste
sólo una vez propicia me ha alumbrado.
Deciros quiero, aunque rubor me cueste,
que escarnecido aquí, y allí olvidado,
el desprecio no más siguió mi huella,
huésped eterno de la adversa estrella.

4

»Y como siempre ha sido de los hados
mi desdichada stirpe eterna injuria,
de padres como yo desventurados
en un pueblo nací de la Liguria.
Con deudos míos, cual ninguno osados,
mil veces de la mar sentí la furia,
que es para mí desde mi amor primero
la mar madrastra que cual madre quiero.

5

»En la empresa más dura á que he asistido
(no la más infeliz de mis empresas),
al león de Venecia, no vencido,
vencimos unas naves genovesas.
Caí luchando al mar, y á un remo asido
llegué á nado á las costas portuguesas.
¡Cuánto dolor, cuánta esperanza mía
en sólo un remo se salvó aquel día!

6

»Náufrago entré en Lisboa, en donde amante
á *Felipa Moñts* prendó mi audacia.
Fuí modelo de honor en lo constante,
ella era un tipo de virtud y gracia.
Fruto de tanto amor fué un tierno infante.
Aumentó la pasión nuestra desgracia,
porque en lazos se ligan más estrechos
en un mutuo dolor los nobles pechos.

7

»Para vender después, mapas trazaba,
ciencia que entre otras aprendí en Pavía;
de este modo á mi esposa alimentaba
y á mi padre y hermanos sostenía.
Con mi trabajo el hambre mitigaba.
Mis penas con mis libros distraía,
porque la ciencia, con discreto modo,
excepto la virtud, lo suple todo.

8

»Al rey de Portugal don Juan segundo,
que un paso busca para el suelo indiano,
le expuse un plan en que doblando el mundo
la India se hallase al fin del Oceano.
Juntó un consejo... y su saber profundo
me escarneció... ¿qué sabe un cortesano?
servir sin fe, reir por artificio,
querer por fuerza y admirar de oficio.

9

»¡Malsines! Luego, un buque aparejando,
mi plan salió á explorar con cauto celo,
mas el piloto se volvió temblando...
¡Justo castigo fué del alto cielo!
Desde entonces mi nombre fué nefando.
¿Qué podía ya hacer, en tanto duelo?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
la gran virtud de la pobreza humana!

10

»Muerta mi esposa, en Portugal burlado,
á la patria volví donde he nacido;
pero mi plan, que expuse á su cuidado,
ni Venecia ni Génova han oído.
Yo he sido, por ser pobre, despreciado,
y por loco pasé, siendo instruído;
siempre el mundo en mí ha visto en una pieza
la locura injertada en la pobreza.

11

»Yendo hacia Huelva á pie, solos, con pena,
hambre mi hijo sintió con fuerza cruda;
á un convento llamé, y un alma buena
pan dió á mi hijo y á mi pena ayuda.
Su guardián, *fray Juan Pérez de Marchena*,
me vió al paso, me habló... y en él, sin duda,
me hizo ver Dios que en el postrer extremo
jamás en un naufragio faltó un remo.

12

»Si no elogiase su bondad, haría
al prior de la Rábida un agravio:
¡con cuánta admiración mi teoría
oyó y reoyó pendiente de mi labio!
Marchena, en no envidiada medianía,
vive feliz y obscuro, aunque es tan sabio;
pues la dicha cabal mucho más ama
una buena opinión que una gran fama.

13

»Al médico de Palos determina
llamar Marchena á docta conferencia;
mi plan *Garci-Fernández* examina
con tan sabia atención como indulgencia.
Caridad en acción su medicina,
más es que oficio una virtud su ciencia:
es templar de los tristes los dolores
el amor más genial de sus amores.

14

»La junta humilde y sabia del convento
pensó entonces lo cuerdo que sería
el que, partiendo yo, fuese al momento
á la Reina á exponer mi teoría.
Desde Huelva hasta Córdoba contento
crucé la calcinada Andalucía,
patria de mi vejez, de mis dolores,
de mi gloria tal vez y mis amores.

15

»Llegué. De Pérez la amistad sincera
cartas me dió para un prior tan vano,
que mi plan juzgó siempre una quimera;
hombre indocto, aunque diestro cortesano.
Hoy ya arzobispo *Hernando Talavera*,
mejor que yo al furor del Oceano,
las velas sabe izar, sin duda alguna,
al viento desigual de la fortuna.

16

»Viví en Córdoba. En tanto que iba errante
aquí y allí la corte de Castilla,
me socorrió, de mi proyecto amante,
prez de Asturias, *Alonso Quintanilla*.
Medinaceli me asistió constante,
que siempre grande entre los grandes brilla.
Feliz mendigo, entonces aun pensaba
que en este mundo hasta el dolor se acaba.

17

»Con bondad que aun mi espíritu alborozaba,
un día á ver los Reyes me acompaña
el cardenal *don Pedro de Mendoza*,
que *el tercer rey* le nombran de la España.
Por cuantos sabios Salamanca goza
mandó el Rey discutir mi ciencia extraña,
luchando así por uno y otro lado,
en mí el futuro, en ellos lo pasado.

18

»Á Salamanca fui. En un convento
controvertí con doctos profesores;
fueron á combatirme más de ciento
entre frailes, y legos, y doctores.
Probé allí de mi ciencia el fundamento
por la opinión de sabios escritores,
por pruebas naturales abundantes,
y por la fe de doctos navegantes.

19

»Si no es redondo el mundo, les decía,
¿cómo el sol al rodearle no tropieza?
¿Por dónde nace y se sepulta el día?
¿En dónde acaba el globo y dónde empieza?
Viendo hablar sólo en la defensa mía
del príncipe al tutor, *fray Diego Deza*,
yo pensé que exhalaba en un momento
de mi vida infeliz todo el aliento.

20

»Lanzáronme, al final de la contienda,
esta serie de citas importuna:
—*Nadie que el texto de la Biblia entienda,
la fe con los antipodas aúna.
Dios el cielo extendió como una tienda.*—
Así ignorantemente una por una
fueron deshechas arrojando al viento
las plumas de mi altivo pensamiento.

21

»No comprendieron ¡ay! que mi fe pura
del Infierno los ídolos aterra.
Que el hecho grande que mi mente augura
abre el futuro y lo pasado cierra.
Yo soy el que predice la escritura:
—*Se unirán los extremos de la tierra,
y, siguiendo del cielo los pendones,
se juntarán las lenguas y naciones.*—

22

»Dando al examen término prudente,
fué á Córdoba la corte. Yo, entretanto,
huésped molesto aquí y allí indigente,
tan sólo algún alivio hallé en mi llanto.
Lloré... y después... lloré tan solamente.
¿Qué podía yo hacer en duelo tanto?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
la gran virtud de la pobreza humana!»

23

Recordando Colón tan tristes días,
la aficción sus palabras atenúa.
Su oyente, al contemplar sus agonías,
entre llorar y no llorar fluctúa.
—«Veréis, si esto os aflige, don Elías—
después Colón diciendo continúa,—
¡para cuánto dolor os dan materia
los fastos de mi vida de miseria!»

24

»Mientras la corte errante iba y venía,
blandiendo contra el árabe una espada,
se cuenta que luché con bizarría
en Baza, Loja, Málaga y Granada.
¿Qué importa al porvenir mi valentía?
Para mí el ser valiente, es no ser nada.
Toda fama es un crimen si es sangrienta.
O la gloria no es gloria, ó es incruenta.

25

»De Córdoba á una hija encantadora
amé con tan inmensa idolatría,
¡pobre *Beatriz Enríquez!* que aun la adora
con la ilusión de un niño el alma mía.
Habiendo amado tanto á esta señora,
no extrañaréis que la ame todavía:
la juventud en la vejez sintiendo,
no puedo envejecer envejeciendo.

26

»Siguiendo yo una vez sus pasos iba
de un templo á la salida, cuando á poco
gritó—*¡al loco!*—una turba intempestiva,
mi vejez insultando con descoco.
Sin duda empezó á amarme compasiva
de oír al vulgo vil llamarme loco,
la que en ratos después más halagüeños
me solía llamar su *caza-sueños*.

27

»¡Cuántas veces, señor, la turba ciega
de loco tilda al cuerdo que en sus glorias
con sus ideas distraído juega
siendo sólo sus dados las memorias!
Nunca este grito á perturbarme llega,
pues sabía muy bien por las historias
que mil veces de loco fué tildado
quien padeció del genio el mal sagrado.

28

»De Beatriz la historia lacerante
si no os da enojo os contaré mañana,
esposa sin marido, oculta amante,
madre sin hijos, maldecida hermana.
¡Fueron los días que la amé un instante,
porque los años en la vida humana,
dulces alguna vez, otras amargos,
ó tan rápidos son ó son tan largos!...

29

»Pues, siguiendo mi vida malhadada,
sin esperanza ya, como os decía,
volví al convento, y me anuncié á la entrada
más pobre que otro tiempo todavía.
Fray Pérez comprendió de una mirada
que sólo hallado por el mundo había
odio, desprecio, olvido y amargura:
¡es tan fácil hallar la desventura!

30

»El alma del Guardián, de rabia henchida,
 escribe á la gran Reina; y siempre buena,
 de este su antiguo confesor dolida,
 que vaya Pérez á la corte ordena.
 Fué, habló á la Reina y me llamó en seguida.
 Dudo en volver, mas viendo que Marchena
 cura mi herida y mi dolor acalla,
 torné otra vez al campo de batalla.

31

»De nuevo en mi favor abren campaña
Luis Santángel y *Alonso Quintanilla*,
 y á los pies de los reyes me acompaña
 la marquesa *Beatriz de Bobadilla*.
 La Marquesa es hermosa hasta en España;
 bellos sus ojos son hasta en Sevilla:
 nadie una vez su imagen tuvo enfrente
 sin llevársela impresa eternamente.

32

»Blanco su cutis, rojos sus cabellos,
 muestra gentil *doña Isabel primera*.
 Del cielo azul sus ojos son destellos.
 Grave es su andar, graciosa su manera.
 Es tan casta, que nadie sus pies bellos
 ni al ponerles la unción verá siquiera;
 su faz, sombra y espejo de sí misma,
 un pensamiento silencioso abisma.

33

»Dulce en la paz, en guerrear constante;
 á la firmeza y la bondad propensa,
 como en torno de un astro, gira amante
 cuanto siente junto á ella y cuanto piensa.
 Sirve con humildad, manda arrogante.
 Es su mirada reflexiva, intensa;
 nunca vi de ojo humano los reflejos
 ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

34

»Al católico Rey, á juicio mío,
 le llaman bien, aunque con forma extraña,
 el *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*,
 Francia el *avaro*, y el *prudente* España.
 Calculador, sagaz, taimado y frío,
 será mucha su fe, grande su maña;
 pero, aunque algunos me apelliden loco,
 Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.

35

»Cuando en mi pacto el Rey ve que arrogante
 ser rico, y don, y hasta virrey pretendo,
 juzga mi pretensión exorbitante...
 ¡Aun de enojo pensándolo me enciendo!»
 Alzó aquí don Elías el semblante,
 y, tan extrema pretensión oyendo,
 murmuró por lo bajo y poco á poco:
 —Tiene razón la gente: este hombre es loco.—

36

Colón siguió:—«Con la ruindad que veo,
 ¿qué hago? Me alejo y me dirijo á Francia;
 mas de la Reina me alcanzó un correo
 en un puente á dos leguas de distancia.
 No me atrevo á volver, y lo deseo.
 Mas de la Reina al escuchar la instancia,
 á ella obediente y á mis quejas sordo,
 mi bestezuela ruin viré de bordo.

37

—«*Al veros ir*, me dijo el mensajero,
hablaron á la Reina de Castilla
Santángel, de Fernando tesorero,
y el contador Alonso Quintanilla.—
 Torno á la corte al fin, y allí me entero
 que la hermosa *Beatriz de Bobadilla*
 volvió también providencial su gracia
 á poner entre el trono y mi desgracia.

38

»Entró la Reina á ver, y así se expresa
 con rostro altivo y con afable acento:
 —*En vez de perlas, como vos, Marquesa,*
ceñir con flores mi cabeza cuento.
Vended mis joyas, pues costear la empresa
por mi Corona de Castilla intento.—
 Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa,
 además de sublime estaba hermosa.

39

»Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora!
 donde *don* y *virrey* se me nombraba.
 Don Elías, cual yo, ¿no veis ahora
 que en este mundo hasta el dolor se acaba?
 Ya soy *don* por la Reina mi señora,
 cuando simple Colón morir pensaba.
 Siempre creí que en los humanos duelos
 cuando el mundo se va, vienen los cielos.

40

»De mi vida dan fin los tristes fastos.
Firmando Reina y Rey las condiciones,
ya mis proyectos, cual ninguno vastos,
la envidia van á ser de las naciones.
Para cubrir la octava de los gastos,
generosos conmigo los Pinzones
jugaron su fortuna con mi ciencia
al juego de la obscura providencia.

41

»Ya prontos, en la iglesia del convento
confesamos, y á Cristo recibimos;
nos dió Marchena en su sermón aliento,
nos bendijo, rezamos y partimos.
Desanclamos por fin. ¡Fresco era el viento!
¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos
fué mi vida, entre tristes desengaños,
un sueño de diez lustros y seis años.

42

»Pasó un sol y otros dos; y al cuarto día,
de la *Pinta* el timón desenclavando,
ya *Quintero* azuzó la rebeldía,
mal sino entre mis gentes augurando.
Pero *Martín Pinzón* en su osadía,
con cabos el timón asegurando,
—*Si se rompe un timón*, dijo á *Quintero*,
el componerlo es el mejor agüero.—

43

»Roto el timón de nuevo al quinto día,
hice rumbo á Canaria en los siguientes.
Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía
vine á enmendar ligeros accidentes.
Juzgando al fin repuesta su avería,
por la *Pinta* volví; pero mis gentes,
cuando el volcán de Tenerife vieron
morir quemados en la mar temieron.

44

»Torné aquí á vituallar. Mi historia es esa.
Pronto zarpar de la Gomera espero.
A mi ventura, que de huir no cesa,
la suprema embestida darla quiero.
No dudéis, don Elías, de mi empresa.
Fiad en mí; porque cual nunca fiero,
ya voy, del mar por el triunfal camino,
batiendo en retirada á mi destino.»

45

Calló Colón. Se levantó á estrecharle
lleno de afecto y de dolor su oyente;
mas al ir don Elías á abrazarle,
pensó en su empresa y le creyó demente.
Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle.
Se volvió á santiguar. Y tristemente,
con faz entre espantada y lacrimosa,
marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO VI

BEATRIZ ENRÍQUEZ

RESUMEN: Continúa Colón la relación de su vida.—Encierro de Beatriz.—Nacimiento de Fernando Colón.—Matrimonio secreto.—Fragmentos de las cartas de Beatriz Enriquez á Cristóbal Colón.—Conclusión del canto sexto.

I

En el mismo lugar, al otro día,
de Beatriz Enriquez, que aun adora,
las memorias Colón así leía
al buen señor que de escucharle llora:
—La historia, que es lo triste de la mía,
vais á escuchar de la que aun es señora
de *aquí* y de *aquí*, dijo, y clavó elocuente
una mano en el pecho, otra en la frente:

2.—PRIMERA PARTE

«A dos leguas de Córdoba traída,
y en un castillo con rigor guardada,
amando más la muerte que la vida,
hoy te escribe, Colón, tu prenda amada.
—*El fruto de tu amor, Beatriz querida,*
es fuerza dar á luz aquí encerrada—
dijo, cerrando mi prisión mi hermano,
con la altivez feroz de un castellano.

3

»—*Llevaréis por vuestro hijo eterno luto,*
si lejos no vivís por siempre—dijo—
de vuestro amor y de su amante fruto
(y al hijo, á mí y á vos aquí maldijo).
Si rendís á mi alcurnia ese tributo,
ileso á vuestro esposo irá vuestro hijo.—
¡Cuántas eternidades de contento
hallaron su sepulcro en un momento!

4

»Y añadió al concluir:—*De vos reclamo una mudez perpetua, aunque penosa, pues vuestra sangre verteré, que aun amo, si alguno os sueña de Colón esposa.*

—¿Y no he de verlos nunca?—entonces clamo; y él, mi mano estrechando temblorosa, dice con rabia que su aliento trunca: —*¡Nunca!*—¿Y el día de mi muerte?—*¡¡Nunca!!*—

5.—SEGUNDA PARTE

»Nada importa la ausencia: aquel que adora ve siempre el culto de su amor presente; para el recuerdo no hay ni *antes* ni *ahora*; sólo hay para el recuerdo *eternamente*. Por eso eternamente, hora tras hora, mi mente vive y vivirá en tu mente; nunca el rencor, luchando, alcanzó palmas en la memoria, patria de las almas.

6.—TERCERA PARTE

»¡Ay! ¡me arrancaron con brutal exceso el hijo que mi dicha hace ilusoria! ¡Sólo un beso le dí, tan sólo un beso! ¡Adiós, vida de amor, sueños de gloria! Solamente en fantástico embeleso desde hoy lo besaré con mi memoria, pues para dos que se aman, es sabido que los recuerdos son besos sin ruido.

7.—CUARTA PARTE

»Ya á nuestro hijo, por fin, menos esquivo, puso el cielo en tu amante compañía; fiero y leal, benévolo aunque altivo, cumplió mi hermano la esperanza mía. ¡Cuál su faz besarás de mármol vivo! ¡Con qué gozo verás día tras día, entre la luz que irradian de los cielos, mi espíritu cuajado en sus ojos!

8

»Sepárale del ruido con cautela que en torno á la inocencia airado zumba; con la virtud su espíritu abroquela, antes que al cebo del placer sucumba; pruébale que la dicha es bagatela que nada vale al borde de la tumba, que sólo compra el celestial tesoro de la virtud y la desgracia el oro.

9.—QUINTA PARTE

»No hago más que llorar; el llanto entiendo que lento el mal del corazón me enfrena; pues lágrima tras lágrima corriendo, descargándome van pena tras pena. Desangrando mi espíritu, voy viendo tranquilo el corazón, mi alma serena, porque es el llanto que las penas calma, sangre de las heridas de nuestra alma.

10.—SEXTA PARTE

»¡Ah! ¡cuál me atrae en vértigo halagüeño del sepulcro el abismo poco á poco! Mis sueños reduciendo á un solo sueño, como un sueño inmortal la muerte evoco. Pasajera embarcada en un ensueño, al límite feliz del viaje toco; ya en su dolor mi espíritu, las puertas que sólo se abren hacia allá ve abiertas.

11

»Roto en pedazos de mi vida el prisma, ni á ver atino, ni á pensar acierto; mi alma, que el vaho del sepulcro abisma, ve sombras en lo real, luz en lo incierto. No extrañéis ya que os hable de mí misma cual si hablase de un ser que lloro muerto, y cuya alma á gemir, á otra alma unida, del otro lado vuelve de la vida.

12.—SÉPTIMA PARTE

»¡Adiós! Hoy pronta, si antes perezosa, ya á la muerte tranquila me avecino; mi suerte ha sido aquí tan lastimosa, que aguarda allá mi fe mejor destino. ¡Adiós, adiós! Si antes que vos, dichosa, llego á emprender el último camino, siga mi huella vuestra huella amante; yo no os dejo, mi bien; voy más delante...»

13

—Esta es—dijo Colón—la oculta historia que á la suerte de España unió mi suerte,— su cabeza gentil, sol de la gloria, entre ambas manos sepultando inerte. Y erguido luego,—Sólo su memoria de *aquí* y de *aquí* separará la muerte— dijo, clavando, en lágrimas deshecho, una mano en la frente, otra en el pecho.